

*Cualquiera que esté cercano a la lingüística o a su enseñanza habrá podido notar que no son pocas las veces que Chávez ha transgredido algunas normas comunicacionales básicas.*

*Es obvia la carencia de un asesor, especialista en discurso, que por lo menos lo advierta acerca de cierta normativa mínima relacionada con los registros del lenguaje y sus implicaciones situacionales y contextuales.*

*Sin embargo, no hay duda de que, comunicacionalmente y en lo que concierne a un buen sector del colectivo nacional, dicha espontaneidad oralista ha sido exitosa*

■ **Luis Barrera Linares**

**Apuntes sobre el Discurso Oficial:**



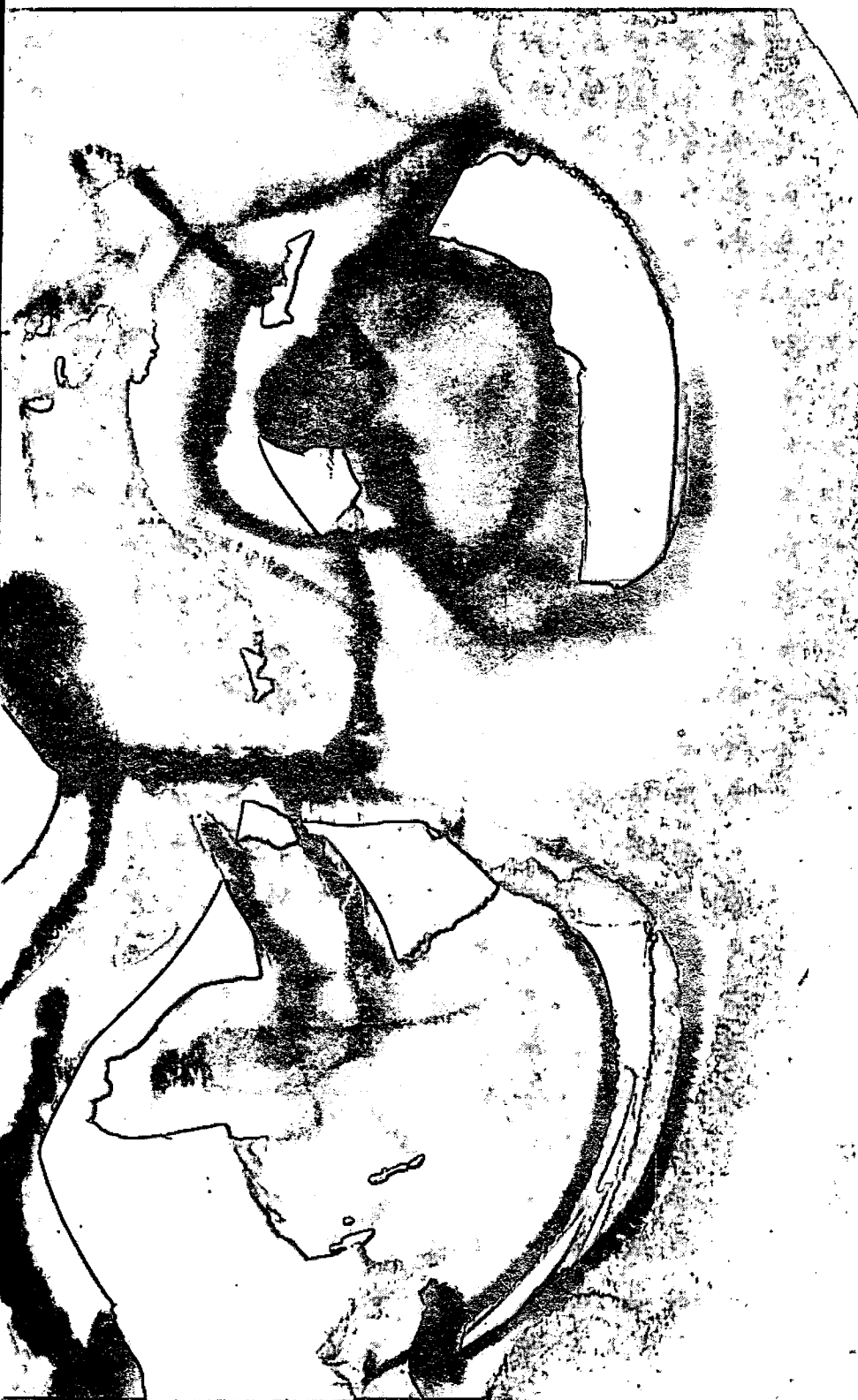
# ¿Fonofilia o

*A la memoria de Juan Liscano, siempre más allá del bien y más acá del mal.*

Desde la propia irrupción electoral de Hugo Chávez Frías y de su tan particular manera de comunicarse con la gente, ha venido gestándose en Venezuela una interesante discusión sobre cuáles son los procedimientos más adecuados para que un hablante que ocupa tan importante posición (primero candidato, luego presidente) actúe lingüísticamente.

De una parte, ante la comparación con la formalidad comunicativa y el aludido retorcimiento retórico de su antecesor inmediato en Miraflores (Rafael Caldera), se ha argumentado que el actual mandatario no hace uso de la escritura ni siquiera en aquellas ocasiones más solemnes. El fenómeno podría definirse de dos modos opuestos: fonofilia o letrofobia, de acuerdo con lo que se piense al respecto. Lo cierto es que, dentro o fuera del país, independientemente de la audiencia, por lo general el susodicho mandatario actúa como un emisor absolutamente oral. Aun en situaciones en que cualquier desliz lingüístico pudiera comprometer asuntos de Estado que estén más allá de su individualidad como sujeto hablante, acude a los múltiples recursos de la lengua oral para hacerse percibir como sujeto comunicacional. Cualquiera que esté cercano a la lingüística o a su enseñanza habrá podido notar que no son pocas las veces que Chávez ha transgredido algunas normas comunicacionales básicas. Tanto ha sido así que ya nos estamos acostumbrando a que alguno de sus ministros salga de vez en cuando a remendar, enmendar o refrendar los gazapos presidenciales. Es obvia la carencia de un asesor, especialista en discurso, que por lo menos lo advierta acerca de cierta normativa mínima relacionada con los registros del lenguaje y sus implicaciones situacionales y contextuales.

Sin embargo, no hay duda de que, comunicacionalmente y en lo que concierne a un buen sector del colectivo nacional, dicha espontaneidad oralista ha sido exitosa. "Me gusta escucharlo, aunque no siempre lo entiendo" -me comentaba, por ejemplo, una señora de Trujillo. Aparte de que no son pocos



Galera de papel / Consuelo Méndez

# Letrofobia?

los hablantes del “soberano” que repiten no sólo su léxico sino también sus argumentos, sus ademanes y hasta el modo como articula vocales y consonantes. La razón es sencilla: el lenguaje oral cotidiano permite muchas licencias ajenas al texto escrito. La oralidad acerca a los interlocutores. Permite la ruptura o la atenuación de jerarquías socio-lingüísticas. Facilita la comprensión y se auxilia con diversas estrategias gestuales y entonativas, recursos que pueden tener su traslación a la escritura, pero que en tal caso exigen un mayor grado de elaboración. Se trata de dos registros verbales normados socialmente por distintos parámetros. Sin embargo, también debe quedar claro que sólo puede “jugarse” con ambos cuando se tiene plena conciencia del modo como opera cada uno.

Tampoco debe dejarse de lado que no pocas veces, los detractores y/o críticos del Presidente acuden a ciertos prejuicios socio-ideológicos y, con poco conocimiento del asunto, atribuyen su desapego al papel a cierta falta de sindéresis lingüística o a inadecuaciones motivadas por su condición de hablante incompetente (presuntamente debido a su origen social), cuando no a su condición de militar (bajo el supuesto colectivo de que, al menos en Venezuela, el manejo efectivo y adecuado del lenguaje no es precisamente la característica que mejor distingue a quienes escogieron profesionalmente la vida castrense).

En el otro extremo, hay quienes opinan que la insistencia en la oralidad y la improvisación han permitido un mayor acercamiento con algún nivel socio-cultural cuya cotidianidad es más proclive a esta modalidad, es decir, los sectores populares. Es natural que sea ésta la posición asumida por sus adeptos o sus adulantes, pero, objetivamente, no dejan de tener razón quienes así piensan: si hay algún factor que abiertamente ha permitido la vinculación discursiva entre Chávez y sus multitudes ése es justamente el uso de un discurso directo, sencillo, intencionalmente pedagógico, sin honduras y cargado de mucho discurso de ficción que él hace percibir como real, debido a su condición de hablante privilegiado, con todos los medios a su alcance. Podría decirse que en países como los nuestros, la condición de Presidente de la República otorga a quien la ejerce el estatus de hablante

“

En el otro extremo, hay quienes opinan que la insistencia en la oralidad y la improvisación han permitido un mayor acercamiento con algún nivel socio-cultural cuya cotidianidad es más proclive a esta modalidad, es decir, los sectores populares.

”

privilegiado y muy prestigioso, más allá de que coincidamos o no con sus planteamientos y con su modo de entender el mundo. Eso explica su poder de convicción para imponer términos y expresiones o para hacer que vuelvan a la moda verbal cotidiana vocablos de poca o ninguna frecuencia contemporánea. E incluso para darse el lujo de crear neologismos. Y en eso lo ayuda comprometidamente toda la comunidad: partidarios y adversarios. La sola palabra “escuálido” y su significado actual en el conglomerado nacional serviría para explicar este fenómeno. A qué dudar que entre nosotros tenga plena validez el lema “El discurso soy yo. Firma, el Presidente.”

Y en un país en el que —en un lapso mínimo, inimaginable hasta hace pocos años— el lenguaje político en general, y el específico lenguaje de la clase gobernante, han sufrido un verdadero sacudón, no podíamos esperar que tal hecho no se convirtiera en un atractivo para la gente que se interesa por los estudios del discurso, como en efecto ha ocurrido. Basta con acudir a algún evento nacional relacionado con el lenguaje para verificar que el nuevo discursador de Sabaneta sea el sujeto

principal de estudio y análisis. O con añadir que buena parte de nuestros investigadores universitarios del lenguaje han convertido la oratoria de Hugo Chávez Frías en su principal fuente de inspiración cuando acuden a congresos o coloquios internacionales relacionados con asuntos idiomáticos. Mi tía Eloína suele bromear con tal situación, al asegurar que el particular comportamiento lingüístico del actual Presidente ha sido la tabla de salvación y supervivencia económica y profesional de varios sectores de la sociedad venezolana, entre los que cabría mencionar a los comunicadores sociales, los humoristas en general y los lingüistas.

Harto se ha discutido el problema de la jerga, la entonación y la sintaxis “huguista” (para diferenciarla de la “chavista”, que tiene otra connotación) por y en los distintos medios. Y lo han hecho igualmente especialistas y aficionados. Cada cual ha opinado al respecto y cada cuál ha utilizado además la excusa del discurso presidencial para darle coherencia a la posición asumida frente a eso que se ha denominado “el proceso”, “el proyecto” o la “revolución bolivariana”.

Ha sido mucho más que evidente el incremento del léxico, la recurrencia a ciertas expresiones que sin duda reflejan el impacto del discurso del presidente ante los distintos grupos sociales (adictos o adversos, insisto). Términos como “soberano” “revolución”, “compatriota”, “encadenar”, “batalla”, “guerra”, “sobremarcha”, “cúpulas”, “puntofijismo”, “participación”, “asamblea”, “referendo”, se han vuelto parte de nuestra rutina discursiva hasta el punto de que ya los utilizamos incluso de manera chistosa. No es extraño, por ejemplo, que adultos y chicos se acusen unos a otros o bromeen entre sí, haciendo uso de este nuevo aluvión lexical (“¡No me hables en tono de víctima *puntofijista*, por favor!”), “si te portas mal, te voy a *encadenar* al próximo discurso del presidente”, “todos mis maridos me han tratado a *paso de vencedores*”, “mi novia me ha dicho que soy un *escuálido sexual*”). Cómo obviar el rótulo de comodín lingüístico de que se ha recubierto al adjetivo “bolivariano-a”. Desde la sencilla y paciente ama de casa hasta el más encumbrado y sifrino de los ejecutivos o funcionarios han recurrido al térmi-

no “bolivariano” en más de una ocasión. La expresión más novedosa en este sentido la constituye la catalogación de “chusma bolivariana” con que el propio presidente, con premeditado gancho ideológico al hígado de las llamadas “cúpulas podridas” de la “oligarquía”, bautizara alguna vez a sus seguidores. Y ello sin referirme a las consecuencias futuras que en nuestro repertorio lingüístico tendrá la insistente identificación de hombres y mujeres a través de la distinción genérica gramatical (juez/jueza, sujeto/sujeta, fiscal/fiscala, estudiante/estudiante), oficializada y elevada a los términos de la más absoluta legalidad en la “Bicha”, como ha sido bautizada por el mismo sujeto discursivo la Constitución de 1999. Para mencionar un caso nada más, no deja de ser curioso que el artículo 242 de la misma rece al comienzo que “Los Ministros o Ministras son órganos (sic) directos del Presidente o Presidenta de la República...”. Y, atención, que no se dice que sean “órganos” los Ministerios y Ministerias, sino los sujetos o sujetas que los encabezan. Puesto que en el mismo texto constitucional a la Presidenta se le cataloga legalmente como “funcionaria pública”, cualquier suspicaz podría inferir que también son públicos sus “órganos”, como reza el mencionado artículo.

Frente a tan particular situación de cambios en la orientación del discurso cotidiano, tenemos además el hecho de que buena parte de aquellas personas con las que debes establecer actos comunicativos esperan del interlocutor una determinada reacción. Ya se habla incluso de oyentes y “oyentas” chavistas y antichavistas. Los o las que sólo escuchan lo que desean escuchar. Comienzan, además, a aparecer interesantes creaciones que buscan juntar el léxico de la Cuarta República con el de la Quinta: verbigracia, “chavecto-a” (neo-chavista, hijo-a de adeco o adeca) y “chayano-a” o “chavano-a” (neo-chavista, hijo-a de copeyano-a), “chavipero-a” (neo-chavista exguerrillero-a que además estuvo dentro del “chiripero”).

Buena parte de nuestros interlocutores de este momento generan para sí mismos la expectativa sobre la ubicación de aquél o aquélla con quienes se comunican. Hasta el punto de que se ha producido, quizás sin que nos ente-

“

Cómo obviar el rótulo de comodín lingüístico de que se ha recubierto al adjetivo “bolivariano-a”. Desde la sencilla y paciente ama de casa hasta el más encumbrado y sifrino de los ejecutivos o funcionarios han recurrido al término “bolivariano” en más de una ocasión.

”

remos expresamente, un cierto maniqueísmo discursivo según el cual no existe la neutralidad frente al actual acontecer político. De acuerdo con lo que digas, a cómo lo expreses, no importa si eres “ilustrado” o “ignorante”, o estás con el “proyecto” o estás contra el “proceso”. Por tu discurso serás reconocido, compensado o penalizado, independientemente de donde tú mismo te ubiques. Son los otros quienes deciden y te catalogan.

Dentro de cualquiera de las posiciones en que se te ubique, igualmente se espera que seas fanático y conviertas tu conducta verbal en un simple acto de fe: seas chavista o anti, tienes que hablar como tal y además aceptar que “eso es correcto” y está bien hecho si ha ocurrido dentro del extremo en que se te ha ubicado. O sea, no hay espacio posible para la disidencia o el desacuerdo. No parece haber manera de ser lingüística y socialmente ajeno a lo que está ocurriendo. Si no lo has hecho tú mismo, son los otros los que te ubican, una vez que has abierto la boca o recurrido a la escritura para expresar cualquier cosa. Si arguyes que te gusta, por ejemplo, el “café” o los

“cambures”, nada, que eres “chavulto” (es decir, “chavista oculto”). Si tus aficiones se inclinan por la música clásica o prefieres la educación privada, serás “escuálido” declarado. Dentro del propio “chavismo light” (rótulo con que se hacen distinguir algunos académicos o universitarios para diferenciarse social e ideológicamente de la “chusma bolivariana”), se hacen discriminaciones. Verbigracia, hay quienes argumentan que el término “chavorro” (en uso por sectores jóvenes contemporáneos) alude a “chavista peorro” (es decir, del montón, de los que votan automáticamente, sólo seducidos por el “carisma” del líder máximo). No debe sorprender que sea justo un profesor universitario, en funciones de gobierno dentro del renglón cultural, quien en una conversación privada haya utilizado el vocablo “emeverriondo” para aludir a tanto neo-militante del MVR de origen “ñángara”, ahora hambriento de poder político. “Tienen un verano que les ha durado desde los años sesenta- dice- por eso son emeverriondos”.

Estas posiciones, aunque extremistas en todos los casos, se justifican desde el punto de vista discursivo, por cuanto no hacen más que confirmar una premisa sociolingüística: todo grupo (social, político, económico, familiar, etc.) intenta perpetuar a través de sus expresiones los principios ideológicos y las creencias que lo sustentan. De ese modo cuestiona lo que supone “viejas formas” o “formas disidentes” y propone siempre las suyas como “nuevas” y como definitivamente válidas para justificar cualquier cosa, en cualquier ámbito.

Esto explica que a veces un periodista (que también es un “homo loquens”) y tiene derecho a sus creencias) interrogue o apele a un invitado en algún programa y espere siempre una respuesta que se ajuste a los requerimientos del entrevistador (y no a lo que realmente quiera decir el entrevistado). En tal situación, preguntamos para oír lo que deseamos escuchar. Y lo que deseamos escuchar va en función de nuestros intereses grupales. Por ejemplo, cada cuál leerá este artículo buscando coincidencias y obviando o censurando (a veces involuntariamente) las disidencias. Suele ocurrir en la interpretación que hacen algunos lectores del discurso periodis-

tico del columnista Ibsen Martínez, en sus entregas semanales del diario *El Nacional*. Cada vez que intenta “mostrar” lo que a su juicio percibe, y hace críticas positivas y negativas del gobierno o de alguno de sus representantes, no faltan adictos de ambos bandos que le pidan “definición” a través de las cartas enviadas al diario.

Desde la psicolingüística del discurso, esta actitud no es gratuita ni caprichosa. Tiene su origen en una conciencia comunicacional de grupo. Ya es un lugar común que el lenguaje puede ser utilizado para falsear la realidad e insistir en que aquélla es de una forma u otra. Además es cierto que una cosa es la palabra y otra la conducta. Toda conducta es real o al menos se puede parecer a la realidad, pero igualmente todo discurso es ficción. No obstante, el discurso de los grupos tiende siempre a crear una ilusión de realidad. Por mucho que se lo crea, nadie se expresa entonces por su propia iniciativa. Todo individuo discurrese en función del grupo o los grupos a los que pertenece. Su misión es fortalecer cada vez más los intereses de su “colectivo selecto”, para lo cual se vale, entre otras cosas, del lenguaje. Y esta premisa es aplicable a cualquier colectivo social.

Se justifica así que los militantes del “chavismo lingüístico” o de los grupos opositores “antichavistas” se esmeren en emular obsesivamente la conducta de quien (o quienes) ocasionalmente hace(n) las veces de “hablante(s) modelo”: el hablante o los hablantes del grupo con mayor autoridad y responsabilidad comunicacional. Cada cual está buscando convenecer al grueso de su grupo sobre la necesidad de perpetuar lo que considera adecuado, o cambiar hacia una posibilidad diferente. Pero en momentos históricos como el presente, los más aguerridos representantes grupales creen que la razón los asiste siempre y concentran las energías comunicacionales en atacar al oponente con las armas lingüísticas a su alcance. Esta actitud es muy saludable mientras se trate únicamente de “armas lingüísticas”. Los hombres dirimen sus diferencias de cualquier tipo haciendo uso de la única facultad que nos hace distintos en la escala zoológica: el lenguaje. Pero, dada la enorme influencia que los líderes ejercen sobre los otros, sus ac-

“

Estas posiciones, aunque extremistas en todos los casos, se justifican desde el punto de vista discursivo, por cuanto no hacen más que confirmar una premisa sociolingüística: todo grupo (social, político, económico, familiar, etc.) intenta perpetuar a través de sus expresiones los principios ideológicos y las creencias que lo sustentan.

”

ciones deben corresponderse de alguna manera con sus ideas.

Esto debería ser percibido por los destinatarios discursivos de cada grupo, porque no todos entienden la situación de este modo. Cualquier intento por incitar a que la violencia verbal se convierta en violencia conductual es reprochable. Estimular el paso de la metáfora discursiva de agresión a la acción concreta, siempre será un acto de irresponsabilidad comunicacional, venga de donde venga. Por ejemplo, insinuar que alguien ha colocado un “niple” en un colegio, un templo o un centro comercial porque ha sido fiel a las arengas del líder de su grupo es tan censurable como justificar discursivamente la necesidad de salir de un grupo político o de algún dirigente en particular “por cualquier medio”. Y no es extraño escuchar tan “ejemplarizantes” arengas discursivas en estos días.

Para concluir, es peligroso jugar con el importante rol discursivo que los grupos otorgan a algunos de sus in-

tegrantes. Independientemente de la posición que se defienda, orales o escritas, las palabras no desaparecen tan rápido como suele creerse; algunas veces toman cuerpo en los interlocutores y se fortalecen hasta convertirse en acciones. De ahí la necesidad de ofrecer a la audiencia enfocada (a la que representamos y a la que nos adversa) posibilidades discursivas que, si resultaren en algo, sea en beneficio del colectivo total. Porque si bien toda forma discursiva es una representación que no se corresponde uno a uno con la realidad, nuestra responsabilidad de hablantes con poder (cuando lo tenemos) nos obliga a tratar de que nuestro discurso incite hacia conductas constructivas. Porque los gobiernos pasan, como pasa también el rol de la oposición. Pero el discurso queda. Y también sus consecuencias. ■

■ Luis Barrera Linares

Doctor en Letras, narrador y crítico literario, profesor USB

